



El entonces presidente del Gobierno, José María Aznar, se entrevistó en Rabat con el rey Hassan II de Marruecos en abril de 1998. En aquel encuentro, Aznar defendió con firmeza la españolidad de Ceuta y Melilla

EN SU LIBRO «RETRATOS Y PERFILES», AZNAR RECOGE SU TENSA ENTREVISTA CON HASSAN II

«Ceuta y Melilla son ciudades españolas»

El recuerdo de aquel diálogo en Rabat, que reproducimos hoy, es revelador como contraste con la actual etapa de las relaciones con Marruecos. Entonces, Aznar no necesitó un vaso de agua para defender la soberanía española de las dos plazas

«**A**nte la segunda visita que realicé a Marruecos en abril de 1998 se habían celebrado varias cumbres bilaterales que, en principio, garantizaron la continuidad y la estabilidad de las relaciones. Ahora bien, en esta ocasión nos mantuvieron alojados en la Casa Oficial de Huéspedes. El Rey me recibió en el palacio real de Rabat, en una terraza que daba a un patio donde estaba formada la Guardia Real. La acogida fue sumamente correcta, pero el tono había cambiado desde la primera visita. Hablamos de la cuestión del Sahara y el Rey dejó claro que su planteamiento se basaba en la soberanía marroquí, a lo que puntalicé que la posición española seguía siendo la de siempre y que era el Rey el que había aceptado el referéndum propuesto por el plan de paz de la ONU. Poco después de iniciada la reunión, el Rey intentó plantear como asunto prioritario de la conversación el estatus de las ciudades de Ceuta y Melilla. Me dijo que quería abordar este tema y que quería hacerlo en ese mismo momento. Le contesté que, con todo el respeto que me merecía Su Majestad, no había ido a Marruecos a hablar de dos ciudades españolas. Podíamos hablar de la Unión Europea, ante la cual España siempre se ha sentido particularmente obligada con Marruecos. (...)»

El Rey insistió en que teníamos que hablar de Ceuta y de Melilla, y yo repetí que el asunto no estaba incluido en el marco de nuestra conversación. Recordó que había propuesto hacía unos años una célula de reflexión sobre Ceuta y sobre Melilla, pero yo comenté que sobre las ciudades españolas ya estaba todo reflexionado y no era necesario hacer ninguna consideración más. Después de volver a insistir una vez más, con una respuesta similar por mi parte, el Rey me dijo que Marruecos no iba a hacer la guerra a España por Ceuta y Melilla, pero que tendríamos ocasión de hablar del asunto. Le contesté que me daba por enterado de las intenciones de Marruecos y de la voluntad del Rey, añadí que España estaba preparada para cualquier eventualidad. Si la eventualidad adquiría un rango más importante, le expliqué, ya



Zapatero no habló ante Jettú sobre la soberanía de Ceuta y Melilla

habría tiempo de tratarla con mayor certeza y serenidad.

A partir de aquel momento, y con la tensión que se había producido, la conversación estaba prácticamente terminada, pero el Rey Hassan II, volviendo atrás, me preguntó si lo que yo quería decir era que si Marruecos se portaba bien con España, España trabajaría a favor de Marruecos en la Unión Europea. Aclaré que la cuestión pertinente no era la de si un país se portaba bien con el otro. Lo que yo estaba diciendo, como así subrayé, es que España y Marruecos pueden avanzar juntos en muchos campos y que la presencia de España en la Unión Europea puede ser muy útil para Marruecos. Esa acción podía tener una influencia importante para Marruecos, tanto desde el punto de vista económico y social como desde el punto de vista político. En los dos campos compartimos numerosos intereses, porque los dos países estamos interesados en la estabilidad y la prosperidad de nuestro vecino,

y aunque nuestros objetivos no sean siempre los mismos, como es natural, tenemos un gran campo abierto a la colaboración. (...)»

En aquel segundo viaje también tuve ocasión de entrevistarme con el Primer Ministro, con el ministro de Asuntos Exteriores, con representantes de las fuerzas parlamentarias y también con algunos empresarios. Todos, al cabo de unos minutos de conversación, plantearon la necesidad de hablar de Ceuta y de Melilla. El contraste con la primera visita no pudo ser más intenso. El Rey Hassan II no mantuvo una posición más beligerante sobre Ceuta y Melilla porque sabía que Marruecos no podía ganar una batalla frontal. Pero dispuso todos los medios de que disponía para darla, y si hubiese tenido alguna probabilidad de ganarla, la habría dado.

En 1998 asistí al funeral del Rey. La importancia internacional del monarca era bien evidente en la presencia de dignatarios extranjeros, tan numerosa que nuestro avión tuvo que esperar un buen rato para poder aterrizar en Rabat. Acompañé a los Reyes Don Juan Carlos y Doña Sofía a visitar al nuevo Monarca. La figura de Hassan II había sido tan determinante en la vida marroquí que los sentimientos se desbordaron. La lealtad que despertaba el Rey se manifestó en la gigantesca multitud que se agolpaba en las calles de Rabat, en un desorden como pocas veces he tenido ocasión de ver. Fueron momentos agobiantes, de auténtica presión física. Bill Clinton y Abdelaziz Buteflika estaban prácticamente pegados el uno al otro, y yo iba cogido, y casi en volandas, al Primer Ministro del Yemen, Abdel Kader Bajammal. Por fin llegamos al mausoleo donde estaba enterrado el Rey Mohamed V, mausoleo que he visitado siempre que he tenido ocasión de ir a Marruecos, donde descansa junto a su padre el Rey Hassan II.

Hassan II no era un interlocutor fácil y no se puede decir que fuera un amigo de España, pero era un hombre inteligente, con experiencia y muy consciente de las consecuencias de sus actos. Por eso, en varias ocasiones durante estos últimos años me he acordado de él.»